



NÚMERO VIII.

1.º DE AGOSTO DE 1851.

al Atlántico, y artificial el otro, que paga tributo al Mediterráneo por el canal del Mediodía ó de Languedoc. Estos brazos llevan las aguas del Garona en opuestas direcciones, á través de distintas cuencas ó regiones hidrográficas, hasta perderse en diferentes mares. El arte, de acuerdo con la naturaleza, ha abierto de este modo una extensa línea de navegación interior que cruza el Sud de Francia, de Oeste á Sudeste, poniendo en contacto el Océano Atlántico con el Mediterráneo.

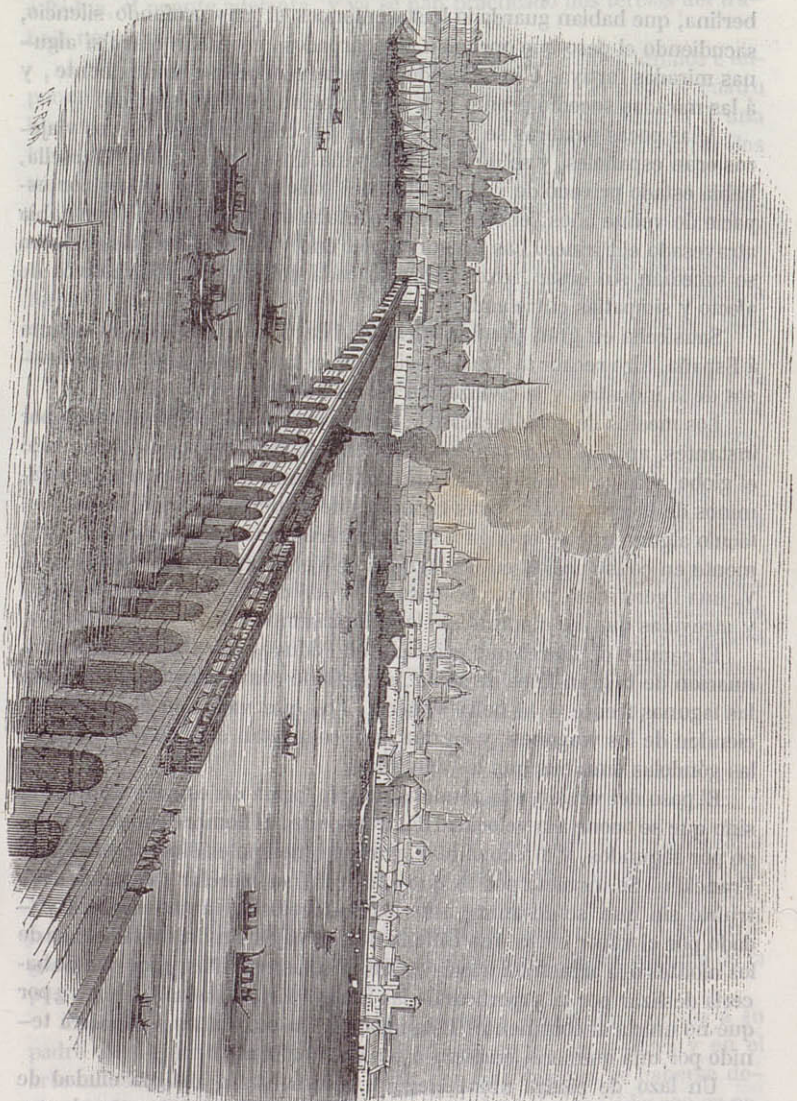
En el verano de 1843 llegaba á Agen un barco de vapor, procedente de Burdeos. Los pasajeros, despues de haber disfrutado durante el día del agradable espectáculo de las verdes y risueñas orillas del Garona, sentían abandonarlo para encajonarse en los carruajes que, formando fila á lo largo de la orilla izquierda del río, aparecían como una sombra siniestra en medio de la oscuridad de la noche.

No había otro medio, y fue preciso resignarse. A las voces de *Nerac*, *Condon*, *Moisac* y otras mil, repetidas sin cesar en confusa gritería, atornando los oídos de los pasajeros, acomodábanse estos silenciosos en los diferentes carruajes, que al poco rato marchaban á sus respectivos destinos.

Al entrar uno de los pasajeros en la diligencia de Tarbes, murmuraba entre dientes un imperceptible saludo, que fue contestado de la misma manera por la persona á quien se dirigía, que ocupaba el primer asiento de la berlina, y que partiendo de Marsella había hecho en gran parte su viaje por el canal del Mediodía. Apenas habían cambiado este saludo los dos viajeros, acomodáronse del mejor modo posible, haciendo esfuerzos para cerrar los ojos y reconciliar el sueño, al mismo tiempo que á las voces del conductor y al ruido de su látigo se ponía en movimiento el carruaje.

Durante las primeras nueve leguas, ó dormían nuestros viajeros, ó aparentaban estar entregados al mas profundo sueño. Al cabo de este tiempo, el conductor gritaba: *Lectour*, y mientras se mudaba el tiro de caballos, abiertas las portezuelas de la diligencia, salían los que iban encerrados dentro, aspiraban el aire puro y fresco de la noche, y ponían en acción sus músculos entumecidos por falta de ejercicio. Guiados por la curiosidad y el resplandor de la luna, subieron unos escalones que se divisaban desde la carretera, y se hallaron en una plazoleta rodeada de verjas de hierro. Elevábase en medio una estatua de bronce con su pedestal de mármol de los Pirineos. El viajero de Marsella, al dirigir su vista á la estatua, murmuró con acento italiano muy pronunciado «Lannes,» y añadió en seguida con orgullo y sentimiento á la vez: «¡Zaragoza! ¡Zaragoza!» La estatua, en efecto, representaba al mariscal Lannes, hijo de Lectour, y su vista había despertado sin duda en la memoria del viajero el recuerdo de la gloriosa defensa de la capital de Aragón y los altos hechos de los zaragozanos durante la guerra de la independencia.

VIADUCTO EN LAS LAGUNAS DE VENECIA.



En esto se oyó la voz del conductor llamando al coche, y ocupando todos sus respectivos asientos, continuó la marcha interrumpida por breves instantes. A los primeros rayos de la aurora, los dos viajeros de la berlina, que habían guardado hasta entonces el mas profundo silencio, sacudiendo el peso que oprimian sus párpados, cruzaban entre sí algunas miradas furtivas é investigadoras para reconocerse mutuamente, y á las miradas sucedió pronto una conversacion viva y sostenida.

A las pocas palabras se reconocieron por compatriotas; los dos viajeros eran españoles, y se dirigian á España. El procedente de Marsella, había estado privado de ver el cielo del país que le dió el ser por espacio de veinte años; el otro apenas contaba dos meses desde que había atravesado el Pirineo. Las preguntas del uno y las explicaciones del otro se sucedian sin cesar, excitándose á cada palabra nuevos motivos de afecto y simpatías entre ambos.

Satisfecha en gran parte la curiosidad del primero por lo que respecta á España, hizo recaer la conversacion sobre la influencia de los progresos de la industria y la civilizacion en los hábitos y costumbres.

Los medios de comunicacion y transporte, decia, perfeccionados por instantes, anulan las distancias, tienden á hacer un solo pueblo de todo el globo, y á que el género humano no tenga mas que una patria. Los caminos de hierro cruzan todas las partes de la tierra sin que haya obstáculo alguno que se oponga á su paso. Prueba es el viaducto actualmente en construccion en las lagunas de Venecia, de que voy á dar á V. una ligera idea, porque en verdad es una de las obras mas grandes y atrevidas que ha emprendido la industria moderna.

El camino de hierro que principia en Pádua y que ha de ser continuación de la gran línea de Milan, se detiene como asustado al llegar á las lagunas frente á la bella Venecia. Los que van á la ciudad, descienden de los wagones, y en una hora completan el viaje por agua en las góndolas ómnibus que les aguardan.

El paso del wagon á la góndola, no solo forma un extraño contraste, sino que se opone á la velocidad del transporte. El hombre cuenta el tiempo por segundos, y lo economiza, porque el tiempo es dinero, como dice Francklin. Se inquieta por lo que embaraza su marcha y trata de destruirlo sin que se desanime ante los obstáculos de la naturaleza. Ayudado por el vapor eleva una cadena de carruajes sin fin hasta la cima de los montes ó la arrastra á través de sus mismas entrañas; ¿por qué no hacerla deslizar por la superficie de las aguas? Está aislada Venecia, ¿por qué no unirla al continente? Esta idea que en otros años se hubiera tenido por una quimera, empieza á ser una realidad.

Un lazo de piedra unirá luego al continente la antigua ciudad de los Dogos. El brazo de agua que se interpone, sentirá pronto el peso de un inmenso puente como no se ha conocido otro en el mundo. Cen-

tenares de arcos de piedra sillería sostendrán el camino abierto sobre las aguas, y los trenes del ferro-carril no hallarán obstáculo de Milan á Venecia. Mientras se ocupan infinitos trabajadores en la línea de Milan á Pádua, el puente adelanta, y ya se han practicado dos tercios del trabajo necesario.

A juzgar por los planes y la obra ejecutada, esta será magnífica é imponente: la extension de los arcos de cantería permite el paso de cuatro buques á la vez por cada uno; la longitud del puente se asemeja á una larga carretera, y su anchura es tal, que han de poder atravesarlo dos trenes en direcciones opuestas á un mismo tiempo.

Otros detalles explicó el viajero, que no repetimos por que nos alejaria demasiado de nuestro objeto.

En tan entretenida conversacion llegaron á Tarbes casi sin apercibirse del camino. Aquí debian separarse los viajeros, pero la funcion que se celebraba en Pau al dia siguiente, fue causa de que pasasen juntos á aquella ciudad.

Pau inauguraba la estatua de Enrique IV. El ruido de la fiesta y la asistencia del duque de Montpensier habian atraido multitud de gente que pasaba los ardores de la canicula, guarecida en las faldas del Pirineo. Mas de seis mil forasteros poblaban las fondas, las calles y los paseos de la ciudad. Nuestros dos viajeros se hallaban juntos en todas partes. Habia ya entre ellos cierta intimidad, y el procedente de Marsella relató minuciosamente su historia, que no deja de ser interesante.

Pasados dos dias, el primero tomó el camino de Oloron para Zaragoza, y el otro, que es el autor de este artículo, volvió á Tarbes, y de allí á los baños de Cauterest, meditando acerca de los sucesos de su compañero de viaje, sucesos cuya relacion creemos no desagradará á nuestros suscritores.

II.

Familia de Cárlos.

El viajero procedente de Marsella, á quien desde ahora designaremos con el nombre de Cárlos, pues que así se llama, era hijo de un coronel. No llegó á conocer á su madre, pues que respetada de las bombas arrojadas contra Zaragoza durante los dos sitios, no pudo resistir á los estragos de la epidemia desarrollada durante el segundo. Murió víctima de la peste á los pocos dias de dar á luz á Cárlos.

Este, despues de haber recibido la primera educacion, seguia á su padre en el ejército, instruyéndose á su lado en las cosas útiles y en el arte militar. El 1.º de octubre de 1823, dos dias despues de haberse declarado disueltas las Córtes españolas, se embarcaba en Cádiz con su padre para Inglaterra. De Lóndres pasaron á establecerse á Edimburgo.

En la capital de Escocia agotaron todos los recursos que habian llevado, pero afortunadamente el coronel unia á su valor y honradez gran caudal de conocimientos y una esmerada educacion, debida en parte á su familia, en parte á su propia laboriosidad y esfuerzos. Habíase dedicado al estudio de las lenguas, y hablaba el inglés con entera perfeccion. Esto le salvó de la miseria que le amenazaba en un país extraño y desconocido para él.

Hizo anunciarse en los periódicos como profesor de idioma castellano, y no tardó en reunir lecciones bastantes para procurarle una vida cómoda y honrosa. Vacó una plaza de profesor de griego en el colegio llamado hoy escuela superior (High-School), y los grandes conocimientos del coronel en el griego antiguo y moderno le dieron la preferencia entre todos los pretendientes, á pesar de su cualidad de extranjero.

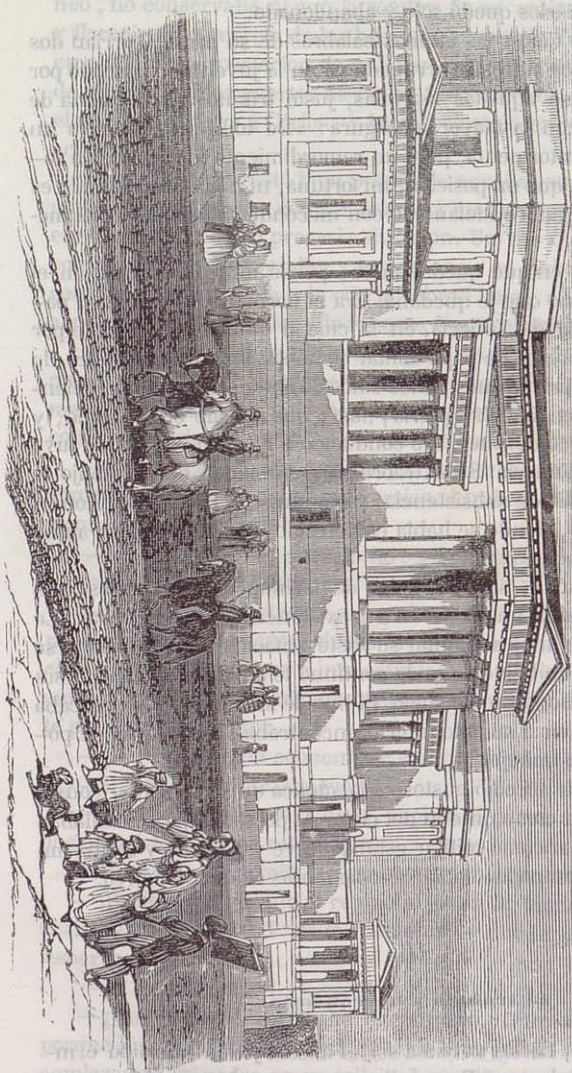
El cuidado principal del coronel era la educacion de su hijo. Le amaba tiernamente, y se esmeraba en cultivar su espíritu y prevenirlo contra las adversidades de la fortuna. Su ejemplo y sus lecciones no podian serle mas útiles. La solicitud de los profesores del colegio para con Carlos, por consideracion al coronel á quien profesaban especial afecto, le ponian en el caso de hacer notables progresos. Carlos, sin embargo, se aprovechaba poco de tan favorables circunstancias.

Jóven, ligero y atolondrado, se avenia mal con la quietud y el silencio que requiere el estudio; criado en el ejército, tenia mas propension al manejo de las armas que á las matemáticas. Los profesores ocultaban al principio sus faltas en la esperanza de corregirle y por no afligir al coronel. Cuando se convencieron de la ineficacia de sus prevenciones, apenas pasaba un dia sin que diesen quejas al padre.

El coronel reprendia á su hijo con dolor todos los dias, y presentaba á su vista con los mas vivos colores el triste cuadro que deberian presentar los dos en aquellos mismos momentos, las penas á que debian vivir sujetos, á no ser por la instruccion adquirida en su juventud. Carlos era de buenos sentimientos; tenia á su padre profundo cariño, se dolia y avergonzaba de haberle disgustado, y prometia la enmienda con sinceridad.

El coronel fiaba en su palabra, y quedaba contento.

Dirigíase Carlos al colegio, firme en sus buenos propósitos, pero paseaba en el pórtico hasta la hora de empezar las clases, y este paseo le perdía. Llegaban otros jóvenes tan atolondrados como él, con quienes habia hecho amistad, y su resolucion de enmendarse se desvanecia como el humo. Luchaba un momento recordando la promesa hecha á su padre, el cariño de este y los sacrificios que hacia por su bien, pero por el aturdimiento y la ligereza que le eran naturales, dejábase dominar por la perspectiva de los placeres que se ofrecian al mismo tiempo á su vista, y cedia á las seducciones de sus compañeros.



Así vivió por espacio de dos años, hasta que un acontecimiento terrible le hizo pensar en la realidad de las cosas. Enfermó el coronel ligeramente, pero habiéndose agravado pronto su enfermedad, dejó de existir en pocos días. Carlos quedó solo y abandonado.

Al referirnos D. Carlos las últimas palabras de su padre, corrían dos gruesas lágrimas por su rostro arrugado ya en la juventud y curtido por el trabajo. Enjugóse aquellas lágrimas, justo tributo á la memoria de su padre, y dijo con la mayor amargura: «De toda mi vida solo un remordimiento me atormenta, pero un remordimiento incesante, un remordimiento cruel, que mi posición, mi fortuna, ni nada en el mundo es capaz de destruir: ¿habré adelantado con mi conducta la muerte del mejor de los padres?»

En el abandono en que quedó Carlos, pensó inmediatamente en el pariente mas cercano que le quedaba. Era el hermano mayor de su padre, residente cerca de Venecia, en la ciudad de Burano, notable por sus encajes y sombreros de paja. Militar como su hermano, después de sufrir los rigores y privaciones de los sitios de Zaragoza, continuó defendiendo la independencia de su patria, hasta que herido en Logroño, y hecho prisionero poco después, fue conducido á Francia, de donde tuvo ocasión de pasar á Venecia. Su extraordinaria habilidad en el dibujo le proporcionó un medio de subsistencia, y sin otros recursos vivía honrosamente en Burano, donde se había establecido, dibujando para algunas fábricas de encajes.

Lejos de su familia, sin un amigo de la infancia que cerrase sus ojos, el militar hallaba un vacío en su existencia difícil de llenar. La muerte del coronel vino á aumentar su triste situación, haciéndole fijarse con mas intensidad en la idea que de continuo le afligia. Esta muerte sin embargo, le proporcionó un consuelo. El hijo de su hermano le suplicaba que le permitiese vivir á su lado ínterin encontraba algun medio de poder subsistir con su trabajo.

El anciano militar accedió gustoso á la súplica de su sobrino, considerando esta súplica como un don del cielo. Al poco tiempo se hallaban reunidos ambos. El anciano militar estaba alegre y gozoso, y sentía un placer inesplicable en poder hablar á todas horas el idioma nativo.

III.

El trabajo y la economía.

Al lado de su tío, Carlos volvió á ser el mismo jóven aturdido é inconsiderado de Edimburgo. Empezaba una ocupación, y á los pocos días, inconstante y caprichoso, se cansaba de ella y la abandonaba para dedicarse á otra. El tío veía con sentimiento las malas disposiciones de

su sobrino, y no sabiendo qué hacer de él en Burano, se resolvió llevarlo á Venecia.

Aquella ciudad, en otro tiempo la reina del comercio del Mediterraneo, no conservaba ni aun la sombra de su antiguo esplendor. El rico y floreciente comercio de los buenos tiempos de Venecia, está reducido en el dia á la exportacion de una parte de sus frutos y de los que recibe de Alemania á los puertos de Italia. Al comercio, sin embargo, queria el anciano dedicar á Carlos, y logró colocarlo en una casa de las mas acreditadas.

El jóven se disgustó bien pronto de aquella ocupacion, como se disgustaba de todas. Iba con frecuencia á Burano, y su cantinela ordinaria era lamentarse de su precaria situacion. Un dia que el tio le reprendia con amabilidad su aversion y repugnancia al trabajo, paseábase Carlos con impaciencia por la sala con la cabeza baja, en ademan de meditar alguna cosa, y parándose de repente frente al anciano, le dijo:

«Querido tio, no se me oculta que desagrado á V., y bien sabe Dios que lo siento en el alma; pero no puedo conformarme con este trabajo mecánico, siempre igual, siempre el mismo; ¿y para qué? Para vivir con escasez siendo jóven, y perecer de hambre cuando llegue á viejo.

—No tal, contestó el anciano; si moderases tu carácter ligero é inconstante, si desechases esa aversion al trabajo útil, podias realizar algunas economías para la vejez.

—Lo dudo mucho, querido tio, y el ejemplo de V. no es el mas á propósito para persuadirme.

—Las circunstancias en que yo me hallaba al establecerme en este pais, son bien diferentes de las tuyas: yo estaba en la edad en que declinan las fuerzas físicas é intelectuales; tú empiezas ahora á vivir. Sin embargo, ya ves que nada me falta, y si trabajo, lo hago principalmente por entretenimiento.

—¿Pero qué he de economizar con un sueldo tan mezquino?

—Mañana lo tendrás mayor.

—Y ese mañana nunca llega, replicó el jóven con inquietud y como decidido á tomar una resolucion.

—Paciencia, hijo mio, es menester tener paciencia.

—¡Paciencia, paciencia! repitió el jóven agitándose en la silla en que acababa de sentarse. V. es muy bueno, y puede tener la virtud de la esperanza; pero yo.....

—¿Y qué remedio?

—¿Qué remedio? ya lo he encontrado. Duro es resolverse á ello, porque V. es la única persona que me interesa en el mundo; V. ha reemplazado á mi padre en su solicitud y cariñosos cuidados para conmigo.

—¿Pero cuál es esa resolucion? le interrumpió el anciano con ansiedad.

—Me voy á las Indias. V. aunque anciano, está bueno y robusto, no me necesita, y espero no tardar en verle, en situacion de serle útil. He tomado este partido en la conviccion de que V. no querrá oponerse á mi felicidad.

—¡Oponerme á tu felicidad! eso no; ¿pero la encontrarás en las Indias?

—Cuando menos, haré economías. Otros me han precedido en el viaje, y no tienen por qué arrepentirse; han ido pobres, y han vuelto ricos, poderosos.

—Es que olvidas que el número de los que no han vuelto es incomparablemente mayor que el de los que han satisfecho sus deseos. ¿Y si tuvieses la suerte de los primeros?

—Probaremos.

—Meditalo bien. Acaso podría proporcionarte yo una fortuna sin salir de Europa. ¿Qué harías si te la proporcionase?

Los ojos de Cárlos brillaron un instante, y luego contestó:

«Me ahorraría el viaje y no tendría el sentimiento de separarme del lado de V.»

Le miró el anciano de pies á cabeza, reflexionó un momento, pareció dudar, y luego sacando un papel de su cartera, le dijo:

«Hé aquí una fortuna, alargándole el papel; lee.»

El jóven tomó sobresaltado el papel y leyó con voz conmovida:

«Al acercarse los franceses á Zaragoza, enterré doscientos mil reales que constituian todo mi caudal, y las alhajas de mi familia, en la bodega de la casa número..... calle de..... donde habitábamos. En el ángulo del Norte, á tres cuartas de profundidad, se encontrará una piedra que cubre la caja donde se encierra todo esto.....»

«¿Y es verdad? exclamó el jóven interrumpiendo la lectura, ébrió de alegría. ¿Y no lo sabe nadie mas que V.?

—Es verdad; nadie lo sabe mas que yo, y aquellos objetos nos pertenecen. Lee la firma que lleva ese escrito, y verás que es tu mismo apellido.

—Pues entonces haré el viaje á España, desenterraré ese dinero, que es nuestro, volveré á Burano, y V. y yo podremos vivir sin trabajar. ¿No es verdad, querido tio?

—Así lo parece; pero no es posible tan pronto como tú crees.

—¿Y por qué? replicó el jóven con impaciencia.

—Porque se necesita dinero para el viaje.....

—Yo no lo necesito; iré á pie.

—Y se necesita dinero para comprar la casa, ó cuando menos para tomarla en arrendamiento con oportunidad, pues el dueño no consentiría que se hiciesen excavaciones sin comunicarle el secreto, y esto sería imprudente.»

Al oír estas palabras, el joven se quedó mudo é inmóvil. No había previsto tales contrariedades, y no encontraba medio de superarlas. Toda su alegría y todas sus esperanzas se habían desvanecido, como el humo, en un instante. Exhaló un profundo suspiro, pero repontiéndose luego de su abatimiento, dijo con acento de dolor:

«Entonces no hay mas esperanza que mi viaje á las Indias.

—Eso es, replicó el anciano con tranquilidad. Hace un momento que habías abandonado tu determinacion, rebotando de alegría al leer ese papel, y con la misma facilidad vuelves á caer en la inaccion y el abatimiento. Eres joven y no estás acostumbrado á contrariedades. Es preciso examinar las cosas con calma y no desmayar tan pronto. No está todo perdido.

—Y bien, ¿cómo tener dinero?

—Trabajando.

—Trabajando, trabajando, murmuró el joven. Siempre lo mismo. ¿Y qué hemos de esperar del trabajo?

—Los recursos necesarios para el viaje y la adquisicion ó arrendamiento de la casa. Si no esperas del trabajo la fortuna, espera los medios de encontrar la que nos pertenece. Déjate gobernar por tu tio, y no te arrepentirás.»

El niño movió la cabeza en señal de duda, y dijo:

«¿Lo quiere V. así? Pues bien, me someto á su voluntad, aunque sin esperanzas. Trabajaré y tendré paciencia; no quiero disgustarle. ¿Desea V. mas?

—Gracias, hijo mio, no aguardaba menos de tí. Si te exijo este sacrificio, es solo por tu bien; trabaja, y algun dia me darás las gracias.»

El anciano no se equivocaba: el trabajo y la economía causaron la felicidad de Carlos, porque el trabajo no solo conduce á las riquezas, sino que purifica el corazon inspirando buenos sentimientos.

Desde aquel instante, Carlos resolvió ser otro hombre. Luchando con sus inclinaciones y con los hábitos adquiridos, se entregaba al trabajo, si no con gusto, con resolucion por lo menos. Ya no contaba como antes las horas que le faltaban para dejar el escritorio. La ocupacion absorbía todas sus facultades, y pasaba el tiempo casi sin dejarse sentir.

Los esfuerzos de los primeros dias eran penosos, casi irresistibles; aquella violencia de su carácter se hacia insoportable. Mas de una vez estuvo á punto de ceder y abandonarse á sus inclinaciones, á su caprichosa inconstancia, pero tuvo valor para sobreponerse á todo: el deseo de complacer á su tio y una vaga esperanza le animaban.

El domingo inmediato pasó á Burano á entregar al tio los primeros frutos de sus escasos ahorros. El anciano le estrechó en sus brazos, llorando de alegría, y el joven, en medio de aquellas demostraciones, parecia reanimarse y adquirir nuevas fuerzas.

Cada domingo se repetía la misma escena, y al cabo de dos meses no era conocido Carlos. Lejos de tener aversion al trabajo, encontraba placer trabajando. Era el primero que se presentaba en el escritorio y el último que abandonaba su puesto. Las economías crecían por semanas, y el buen tío cuidaba de depositarlas con exactitud en la caja de ahorros de Venecia.

Habían transcurrido tres meses, y Carlos continuaba firme en su resolución. Su principal pasó á Burano y llamó á la puerta del antiguo militar. Al verle este, no sabía si alegrarse ó entristecerse de aquella visita. ¿Vendrá á quejarse de mi sobrino? ¿Pero no ha cambiado completamente de conducta? Estas reflexiones pasaron como un relámpago por la mente del anciano. Recibió con algun embarazo al principal, quien se apresuró á decirle:

«Sé el cariño que profesa V. á Carlos, y vengo á darle una buena noticia. Cuando entró en mi casa, desconfiaba sacar partido de él; hace tres meses, empezó á aplicarse en términos que hoy es el empleado mas activo é inteligente. Día por día he visto aumentarse su aptitud y zelo, y voy á ocuparle en otros trabajos mas importantes, duplicándole el sueldo.»

El principal, al decir esto, apretaba la mano del anciano, quien agradablemente conmovido quiso besar la del bienhechor de su sobrino. La mirada del anciano revelaba su gratitud, pero la satisfaccion y el placer embargaban su lengua y no podía articular una palabra.

«Nada de demostraciones de gratitud, se apresuró á decir el principal, que leía en el rostro del anciano lo que pasaba en su corazón. Cumpla con mi deber, ó busco mi interés recompensando al mas fiel y entendido de los empleados de mi casa. Vengo á decirlo á V. para que tenga el placer de ser el primero en anunciarlo á su sobrino. Creo que esto ha de regocijarle mas que el aumento del sueldo, y quiero que tenga esa satisfaccion.»

Grande fué en efecto la que recibió Carlos al oír la noticia del ascenso, de boca de su tío. Familiarizado con el trabajo, sentía contento y placer en trabajar, como hemos dicho. Esto para él era un premio á sus esfuerzos y constancia; y en el aumento del sueldo veía la mano de la Providencia, que no satisfecha de recompensarle de una sola manera, parecia hacer ostentacion de su bondad infinita.

Desde entonces no imaginaba sacrificio alguno de que no se considerase capaz. No hay que decir que al aumento de sueldo siguieron con grandes creces las economías, y á todo esto el contento y alegría del buen militar.

De día en día crecía asimismo la confianza del principal en el joven. Este, dotado de una inteligencia poco comun, cuanto mas la ejercitaba, lograba hacer mayores progresos. Estudiaba con ahinco las operaciones

del comercio del Mediterráneo, y sus cálculos y sobre todo la actividad en realizarlos, una vez obtenida la aprobación, proporcionaron á la casa muy regulares ganancias.

El anciano militar veía con frecuencia al principal de su sobrino, ya en Burano, ya en Venecia, y siempre tenía nuevos motivos para estar satisfecho de su obra. Viendo tan buena disposición y pensando en el porvenir de Cárlos, propuso depositar las economías en la misma casa. El principal admitió gustoso la proposición, admirándose de que el jóven hubiera sabido economizar dos tercios de su sueldo. Corto era el capital con que Cárlos tomaba parte, sin saberlo, en las operaciones comerciales y con que se interesaba en los negocios de la casa; pero todo era empezar, y el principal prometió al anciano aumentar hasta el doble aquella cantidad en recompensa de los buenos servicios que le había prestado el jóven.

Diez años pasaron, los mas felices que habían disfrutado tío y sobrino. Los viajes de este á Alemania y á diferentes puertos del Mediterráneo habían producido grandes ganancias á la casa y á su propio capital, que jugaba en las principales especulaciones, sin imaginarlo siquiera. Cumplía su deber, entregaba religiosamente sus economías, y no se cuidaba de mas, confiado en la solicitud del tío. Estas ganancias y las economías, siempre crecientes á causa de los sucesivos aumentos de sueldo, formaban un capital regular. Un día que, á bordo de una góndola, paseaba en las lagunas de Venecia con el anciano, le dijo este:

«¿Y cuándo emprendes el viaje á las Indias?

—No me haga V. avergonzar, tío mío: he sido un loco, un atolondrado, que no sabía comprender á V..... pero aquel tiempo ya pasó.

—Y estás contento, ¿no es verdad? Pero hay otro viaje de que no debes avergonzarte. La bodega de la calle de... de Zaragoza te espera, y debes ir á España.

—Iré cuando V. quiera, dijo el jóven con indiferencia, si bastan mis economías para el objeto.

—Bastan ya, querido Cárlos. Pero dime: ¿como no me has preguntado antes, ni me has recordado este viaje?

—La verdad: hubo un tiempo en que me figuraba que la felicidad era inseparable de la riqueza: tenía necesidades ficticias; iba en busca de goces y placeres, y para todo esto necesitaba dinero. Ahora pienso de distinto modo: para mí la felicidad mayor del hombre no puede consistir sino en la tranquilidad de espíritu y en la satisfacción de la conciencia. Veía á V. contento, lo estaba yo también, y nada mas debía ambicionar.

El anciano comparaba á Cárlos en su mente con el jóven de hace diez años, y apenas podía reconocer aquella transformación. Tanto había variado su interior y hasta su semblante. Se gozaba en tan meritoria

obra, y miraba encantado al jóven sin hablar una palabra. Por fin, rompiendo el silencio, le dijo con una ternura inexplicable:

«¡Pero eres dichoso! ¿no es verdad?

—¡Dichoso! replicó el jóven con acento de amargura; ¡dichoso! en cuanto puedo serlo, sí.....

—¡Qué te falta! replicó el anciano con inquietud.

—Me falta un hombre, una persona querida que viese nuestra dicha y participase de ella. Me falta la presencia de mi querido padre, á quien los disgustos que le causé le privaron acaso de la vida.

—Que no hayas de desechar esa idea! le dijo el anciano conmovido.

—¿Y cómo he de desecharla, si V. mismo, que tanto ha sufrido, que tan hecho está á las contrariedades, se aflige con el mismo pensamiento en este instante?

—¡Yo! replicó el anciano, haciendo esfuerzos para contenerse; ¡yo!... es verdad; pero..... y abrazando á Cárlos, desahogaron los dos su sentimiento con el llanto.»

Luego, reanimándose el anciano, continuó:

«No parece sino que somos niños. Verdad es que completaría nuestra dicha la presencia de tu padre; pero ¿no la contempla desde el cielo y se goza en ella? ¿No la debemos á las bendiciones que nos envía desde la mansion de los justos? Desechemos, pues, esta triste idea, porque por dichosos que seamos, lo es mas, sin duda, mi querido hermano. Hablemos de Zaragoza.

—Si V. lo cree conveniente, emprenderé el viaje, dijo el jóven.

—No, no lo creo conveniente, mas aun : lo creo inútil é infructuoso; lo que dice este papel, que todavia conservo, no existe.

—Es decir que todo ha sido una estratagema inventada para obligar-ma á trabajar.

—No, querido: era verdad ; pero me he informado durante estos diez años, y he sabido que se habia reedificado aquella casa, y todo se habrá perdido.

—¿Con que nos quedamos como antes? No importa; estamos contentos, y esto basta.

—No, no basta, y tanto no basta, que en cambio de lo perdido quiero entregarte un tesoro.

—¿De papel? preguntó Cárlos sonriéndose.

—No, sino real y efectivo. Dentro de ocho dias me esperarás en tu casa, y yo mismo lo pondré en tus manos.»

A los ocho dias no hizo falta el anciano en casa de su sobrino.

«Y bien, dijo este, ¿dónde está el tesoro?

—Paciencia, paciencia. No te ha ido mal con estas palabras.

—En verdad que no. Tendremos paciencia otra vez.

—Por poco tiempo, Carlos. Toma el sombrero y vamos en busca del tesoro que quiero entregarte hoy mismo.»

Salieron tío y sobrino, y á poco de haber entrado en la Piazzetta, se detuvieron delante de una casa, sobre cuya puerta estaba escrito el nombre de Carlos con grandes letras de oro.

«¿Te admiras? dijo el anciano. Pues entremos.»

Carlos, asombrado, sin comprender nada de lo que estaba viendo, siguió á su tío sin hablar palabra. Al entrar, salió á su encuentro el portero, recibéndolos con la mayor atencion, y los acompañó hasta la escalera. Carlos, cada vez mas asombrado, se dejaba guiar maquinalmente por su tío á través de varias piezas, unas destinadas á habitacion y otras provistas de géneros del pais y del extranjero. Llegaron por último á un escritorio, donde encontraron al principal de Carlos. Este apenas acertó á saludarle. Entonces el anciano, volviéndose á su sobrino, le dijo con la sonrisa en los labios.

«Estás en tu casa, querido Carlos; vas á tomar posesion ahora, en presencia de este caballero, á quien he convidado en tu nombre, y nos ha dispensado el obsequio de aceptar. Vamos: ocupa ese sillón, que es tu puesto.»

Carlos permaneció mudo é inmóvil, mirando á aquellos hombres, como para descubrir en su semblante si se burlaban de él; y se pasó luego las manos por los ojos, como para asegurarse de que estaba despierto.

—¿A qué aguardas? añadió el anciano: ocupa tu sitio, que tambien este caballero te lo ruega.»

Carlos obedeció sin desplegar los labios, y sin saber lo que se hacia. Entonces le felicitó su principal, y saludando en seguida, salió de la sala. Cuando se hallaron solos, volviendo el joven de su estupor, se puso de pié, y dirigiéndose á su tío, dijo:

«¿Quiere V. explicarme lo que me está pasando? ¿Es una burla, un sueño ó una realidad?»

—Fácil es de explicar. Te he prometido un tesoro y voy á cumplir mi promesa.

—¡Por Dios, tío mio!....

—Nada, nada; ocupa tu puesto, y despues lo sabrás todo. Toma esta llave; abre ese cajon, saca el libro que tienes á la vista.»

Carlos obedeció en silencio, y el anciano continuó:

—Abre ese libro, que es el tesoro: es tu libro de caja.»

Carlos no distinguía los guarismos; todo se presentaba á su vista de una manera vaga y confusa.

«Vaya, dijo el anciano, siempre has de ser aturrido: lo mismo cuando no tenias otra cosa que una ambicion desmesurada, que cuando disfrutas una posicion independiente, mas ventajosa de lo que has de—»

seado desde que te aplicas al trabajo. No eres capaz de comprender nada, y forzoso será que te lo explique todo. ¿Te acuerdas de mis consejos?

—No los olvidaré jamás.

—¿Recuerdas que te predicaba á todas horas hasta ser importuno: trabaja, economiza y serás rico y feliz?

—Y he obedecido ciegamente, logrando de este modo la tranquilidad interior, en lo que consiste la verdadera y sólida felicidad de esta vida.

—Y has alcanzado el tesoro que tienes en las manos.

—Usted, querido tío, me desespera. ¿Cómo, cuándo he ganado lo que llama V. mi tesoro?

—Con tus economías, en los últimos diez años. Las primeras cantidades que me entregabas iban á la caja de ahorros, de donde salían al fin del primer año con algunas creces. Este era tu capital, corto, miserable, si se quiere, pero fruto productivo, que puesto en circunstancias convenientes, habia de germinar y producir nuevos frutos. Reunido con otra cantidad igual que, satisfecho de tu conducta, te regaló tu bienhechor, que acaba de salir de aquí, entró en su caja. Desde entonces todas tus economías llevaban el mismo camino, y cuando calculabas para aumentar la fortuna de tu principal, calculabas tambien por la tuya.

—Comprendo, comprendo, le interrumpió Cárlos, levantándose del sillón en ademan de acercarse á su tío, que permanecía de pié.

—Aguarda un poco, que no lo sabes todo, replicó el anciano. Diez años de economías y diez años de ganancias han multiplicado tu capital de una manera asombrosa: eres millonario.»

Diciendo esto, el anciano miraba á su sobrino, que habia caído de nuevo en una especie de estupor, en un asombro que embargaba sus potencias, y continuó:

—Eres millonario; tu principal se retira del comercio, porque su salud está quebrantada, y al proponerle en tu nombre que te vendiese una parte de ellos, ha accedido gustoso, haciéndote un gran beneficio. Ahora se ha marchado de aquí, porque te conoce y comprende bien el exceso de tu gratitud.

—Pero le buscaré, respondió Cárlos.

—Y yo te ayudaré á buscarle.

—¿Y V., tío mío? Cómo?....

—Abrázame, y todo está pagado. En lo que yo he hecho por ti ha tenido gran parte el egoísmo, porque mi felicidad consiste en verte feliz.»

Diffícil seria explicar el contento y las demostraciones de gratitud de Cárlos. Nuestros lectores lo comprenderán mejor que nosotros sabríamos explicarlo.

Hé aquí, queridos niños, comprobado cómo el trabajo y la economía son el verdadero tesoro del hombre. El que economiza ciento, como el

que economiza cuatro, como el que economiza medio, al cabo de tiempo se encuentra con un capital proporcionado á sus necesidades. El que tiene mas necesita mas, y el que tiene menos necesita menos; y el mas del uno es igual al menos del otro, porque ambos emplean su capital en las necesidades verdaderas ó en las ficticias que se han creado. La economía del rico produce millones, pero millones que es preciso gastar; la economía del pobre es pobre tambien, pero bastante á cubrir sus necesidades; al fin de la jornada ambos quedan iguales. Teniendo lo bastante se posee un tesoro, y en la satisfaccion de la conciencia se encuentra la verdadera felicidad.

Cárlos era rico y dichoso. Desde aquel dia trabajaba por su cuenta, y parecia sonreirle la fortuna. En cinco años no tuvo una pérdida, ni un momento de disgusto.

En 1840 pagó su tio el tributo á la naturaleza: murió como buen cristiano. Este fué el primer contratiempo que desde el año 35 experimentó Cárlos. No obstante, esta muerte aumentó la fortuna del jóven. El antiguo militar legó á su sobrino las economías que habia hecho, las cuales ascendian á una suma no despreciable.

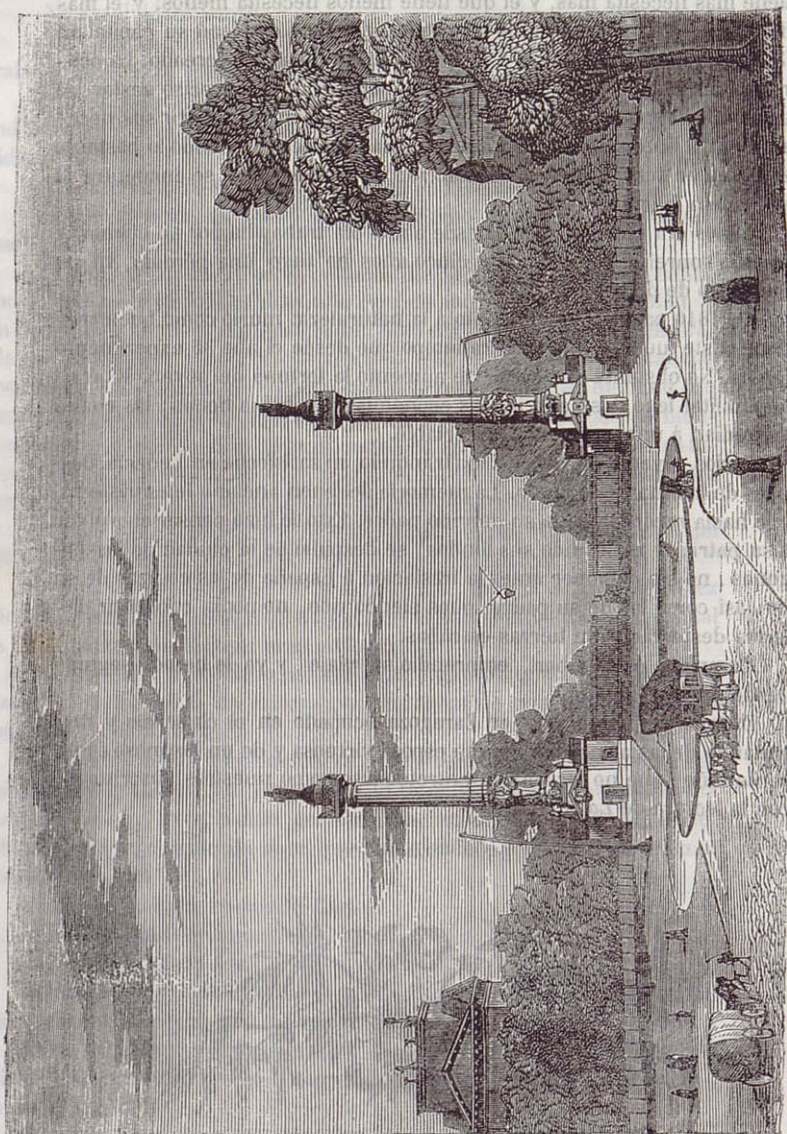
Cárlos, jóven y rico, no estaba tranquilo, ni satisfecho en Venecia, despues de la muerte de su tio. La memoria del buen anciano le entristecia, y le hacia recordar la de su querido padre. Esto le hizo pensar en volver á su patria, y realizando sus fondos, se despidió de la ciudad de las lagunas, no sin disponer antes la traslacion á España de las cenizas de su tio, asi como las de su padre; pues siendo rico, no podia consentir dejarlos desterrados en tierras estrañas.

Cumplido este deber, emprendió su viaje, y ya le hemos seguido desde Agen á Pau.

Despues le hemos visto en Zaragoza ocupado en el comercio y disfrutando de las afecciones de una esposa virtuosa y de un hermoso é inocente niño, que no tardará en entretenerse como nuestros suscritores, con la lectura de *La Aurora*.

C.





BARRERA DEL TRONO.

LA BARRERA DEL TRONO.

«Mi querido papá, decía Luis á D. Anselmo, su padre, acabo de ver un grabado que representa una vista de París, donde se ven dos grandes columnas. ¿Qué es lo que representa?

—Veámoslo. Representa, replicó D. Anselmo, lo que llaman en París la *Barrera del Trono*.

—¿Y dónde se encuentra ese monumento?

—La Barrera del Trono está colocada á la entrada del arrabal de San Antonio, que es una de las mas principales y agradables de París. Las columnas que te han llamado la atencion, son efectivamente de grandes dimensiones. Su tercio inferior está decorado de figuras alegóricas, de trofeos y de guirnalda y frutos, que se elevan en relieve sobre un fondo de hojas de encina. Las figuras esculpidas en las caras opuestas de cada columna, representan del lado de París, la *Industria* y la *Justicia*; y las del lado de la alameda de Vincennes, la *Victoria* y la *Paz*. Cada columna termina en una estatua de bronce de cerca de doce pies de altura: una de estas estatuas representa á Felipe Augusto, y la otra á San Luis.

—Muchas gracias, papá, voy á dibujar este grabado.

—Muy bien; pero espera, quiero decirte algo mas. Las dos columnas de que acabo de hablarte, son de muy buen efecto, y dan á esta entrada de París un aspecto grandioso é imponente.

—Eso ya me lo figuraba yo por el grabado.

—No es eso lo que queria principalmente decirte. No seas nunca precipitado.

—¿Pues qué queria V. decirme, papá?

—Quería decirte el origen de la Barrera del Trono y de las demas barreras de París.

—Sí, sí, dígamelo V.

—Calma, calma, Luisito. Voy á complacerte. No fué por cierto ornato público el que dió origen á las barreras, y el pueblo de París no habrá quedado muy satisfecho de su ereccion. Figúrate que allá por el año de 1783, los arrendatarios generales, queriendo prevenir con mas seguridad el contrabando, y someter al pago del impuesto que percibían, mayor número de personas, consiguieron del ministro Colonne ensanchar el recinto que ceñían los muros de París, erigiendo en cada una de las nuevas entradas edificios destinados á las oficinas de hacienda. Tal es el origen de las barreras.»

EL NIÑO DESOBEDIENTE.



Emilio era hijo de una viuda que habitaba cerca de una herrería; las ventanas de la casa daban al río, aunque se hallase este á alguna distancia.

En aquel punto atravesaba el río en toda su anchura una presa que desviaba las aguas dirigiéndolas á lo interior de las tierras, donde segun las necesidades, se estendian por los campos, se dividian en arroyuelos ó formaban cascadas.

A la misma entrada de esta especie de canal, estrechado por una cascada, hacia girar el agua la gran rueda de la herrería.

Esta rueda, de una vara de gruesa por nueve cuartas de diámetro, recibia el agua por debajo y se ponía en movimiento por la fuerza de la corriente. Hacia mover una enorme pieza de madera que penetraba en lo interior de la herrería, y que girando, hacia subir y dejaba caer un enorme martillo: era una maza de hierro de algunos quintales, al que se llama martinete.

Fácil es de concebir, que en este sitio, la corriente del río es muy rápida, y que cuanto mas se aproxima á la rueda, es mas violenta.

En efecto, se precipita el agua sobre la rueda con grande fuerza y hace saltar á lo lejos torbellinos de espuma.

En la proximidad del canal, estaba la casa habitada por la madre de Emilio.

Emilio tenia el gran defecto de no ser obediente.

Amaba tiernamente á su madre, y cuando estaba á su lado no le daba motivo alguno de disgusto; pero no la temia bastante, y cuando estaba fuera de su vista, no pasaba pena por las reprensiones á que pudiera hacerse acreedor.

Tampoco se aplicaba en la escuela, y á la edad de once años, no sabia otra cosa que formar y reunir algunas letras. Fuera de la clase corría y jugaba con los niños aturdidos y disipados con quienes le habia prohibido reunirse su madre.

Para impedir que se reuniese con estos niños, su buena madre le acompañaba á la escuela, y á la hora de salir iba á buscarle.

Hubiera querido tenerle en casa las tardes de los jueves; pero Emilio lloraba, gritaba y prometia portarse bien si su madre le dejaba salir. La madre le dejaba salir solo, pero con la recomendacion de que no se acercase al canal, y sobre todo, que no tocase una barca amarrada á la orilla.

Se lo prometió Emilio, y dos jueves seguidos cumplió su palabra: no se asociaba sino con los niños prudentes y bien educados, y no se acercó al río.

Pero al tercer jueves, habiendo salido de casa la madre por un asunto indispensable, creyó poder jugar á la orilla del río sin que llegase á saberlo.

Sin embargo, la madre despues de haber despachado sus negocios, volvió á casa: al llegar, sus primeras miradas se dirigieron al río, porque conociendo la disposicion de su hijo á la desobediencia, estaba siempre agitada de una secreta inquietud.

En esto descubrió un niño en la barca haciendo esfuerzos para atravesar el río.

«¿Qué padres, dijo, permiten á un niño entregarse á diversiones tan peligrosas?»

¡Pero cuál no seria su sorpresa cuando creyó reconocer á Emilio en el niño de la barca; á Emilio á quien tanto habia recomendado que no se aproximase al agua; á Emilio que en su vida habia manejado un remo!

¡Desgraciadamente era él! Habia desatado la cadena que sujetaba la barca; despues, ignorando el peligro y figurándose que manejaría fácilmente los remos, se abandonaba á la corriente; cantaba en voz alta sin ver el abismo en que iba á sumergirse, sin oir el ruido de la rueda y del agua que se precipitaba.

Al verlo la madre corre hácia él y da un grito.

Este grito fue tan terrible, que á pesar del estruendo del martillo lo oyeron los trabajadores y salieron apresurados del taller. ¿Pero qué socorro podian prestar al niño desobediente? Las aguas le arrastraron con rapidéz hácia la rueda.

El, sin embargo, continuaba cantando, acercándose por instantes al sitio fatal; pero cuando oyó los gritos de su madre, cuando vió á los trabajadores asustados, que á duras penas podian impedir que aquella desdichada se precipitase en las aguas para salvarlo, comprendió el peligro que le amenazaba: miró con espanto á la terrible rueda, extendió los brazos, dió el último adios á su madre, juntó las manos, se puso de rodillas y encomendó su alma á Dios.

Asi pereció Emilio, víctima de la desobediencia.



EL BOFETON.

ANÉCDOTA ALEMANA.

La Confederación Germánica está dividida en estados, de los cuales algunos son de tan corta extensión, que puede decirse que alcanzan á verse sus límites desde el palacio del príncipe, ó soberano. Estos príncipes tienen relaciones inmediatas, y hasta íntimas y familiares con sus propios súbditos. Los grandes acontecimientos son raros en pueblos que no ejercen influencia alguna en las grandes cuestiones políticas y sociales, y á falta de los acontecimientos políticos que se agitan en las potencias de primer orden, se ocupa el príncipe en los acontecimientos propios del ducado ó principado: el establecimiento de una fábrica, los progresos de una escuela, los trabajos de un ferro-carril, etc.

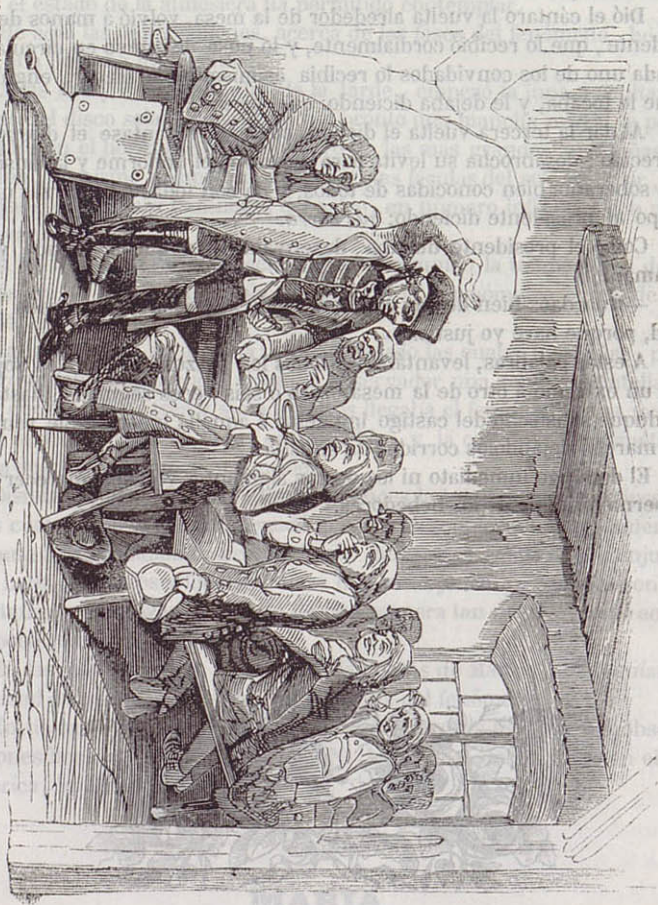
Pero es lo mas digno de notar, que no solo sucede esto en los estados de corta extensión, sino en las grandes monarquías de Alemania. Domina en los príncipes el sentimiento de confianza en el país, y los hábitos de popularidad que se sobreponen con frecuencia á las reglas oficiales, á todas las ceremoniosas precauciones de la etiqueta. ¡Cuántas veces no se ha visto recorrer las calles de Viena al emperador Francisco I, á pié, solo, vestido con una simple levita, sin condecoración de ninguna especie! Los habitantes de la capital le salen al encuentro, le saludan respetuosamente al pasar, y él se detiene con unos y otros, con un niño que corre á su encuentro, ó con una pobre muger que le pide limosna. El mismo soberano daba audiencia pública una vez á la semana, y hablaba en alemán, húngaro, italiano, etc., segun el idioma de la persona á quien se dirigia.

Con estas ligeras reflexiones acerca de las costumbres de Alemania, comprenderán nuestros inocentes lectores la anécdota que vamos á referirles.

Cárlos-Guillermo, duque de Brunswick, que vivia hará unos setenta años, queria que los domingos y fiestas de guardar se consagrasen estrictamente al culto de Dios. Rígido y severo en esta parte, vigilaba con escrupulosidad á sus súbditos.

Supo un dia que algunos vecinos de cierta ciudad tenian la costumbre de reunirse en la taberna á la hora del oficio, y pasaban el tiempo comiendo y bebiendo. Ni las exhortaciones de los eclesiásticos, ni las reprensiones de los magistrados, habian conseguido destruir tan viciosa costumbre. El duque, sin embargo, se propuso destruirla.

Un domingo púsose una levita grosera abotonada hasta la barba, y se presentó en la taberna designada. Al toque de la campana, que llamaba los fieles al templo, llegaban á la taberna los impíos bebedores, precedidos de un personaje alto y grueso, cuya nariz rubicunda y cara encen-



dida daba á conocer fácilmente como el presidente de la bulliciosa y alegre reunion.

Sentóse el presidente en el lugar que le correspondia, y sin decir una palabra, hizo sentar al duque á su lado, no sin dirigir una mirada de des-

confianza hácia este convidado, que nadie recordaba haber visto en la taberna.

El tabernero presentó luego un cántaro enorme, lleno de aguardiente, á nuestro hombre de nariz hinchada y rubicunda. Tomólo el presidente con ambas manos, engulló una buena dosis y lo entregó al duque diciendo: *que corra*.

Dió el cántaro la vuelta alrededor de la mesa, volvió á manos del presidente, que lo recibió cordialmente, y lo puso de nuevo en circulacion. Cada uno de los convidados lo recibia asimismo con placer, engullia lo que le tocaba, y le dejaba diciendo: *que corra*.

Al dar la tercera vuelta el dichoso cántaro, levántase el duque en furecido; desabrocha su levita para dejar ver el uniforme y las insignias de soberano, bien conocidas de todos, y da con todas sus fuerzas un sopapo al presidente diciendo: *que corra*.

Como el presidente dudaba, desenvaina el duque la espada y exclama:

—Guardaos bien de dar con demasiada suavidad ó demasiada lentitud, porque haré yo justicia.»

A estas palabras, levantábanse todos los brazos, llovian los sopapos de un extremo á otro de la mesa cinco ó seis veces seguidas, hasta que el duque satisfecho del castigo impuesto á aquella incorregible reunion, se marchó dejándolos corridos de su falta.

El domingo inmediato ni los demas siguientes volvió á aparecer en la taberna ninguno de los bebedores.

M. P.



ECLIPSE DEL 28 DE JULIO DE 1851.

El 28 de julio ha disfrutado Madrid del espectáculo del eclipse de sol que el estado de la atmósfera ha permitido contemplar.

Hé aquí las observaciones, acerca de las fases del fenómeno, hechas por una persona inteligente:

A las dos y nueve minutos de la tarde, empezó la luna á ocultar el borde del disco solar, dejándose ver pronto una mancha negra, y perfilándose en el horizonte celeste cuatro de las mas grandes montañas de la luna, al mismo tiempo que aparecian las fáculas del sol, es decir, los puntos ó partes mas luminosas del astro, en número infinito y con mucha variedad.

A las tres de la tarde parecia haber disminuido la temperatura de la atmósfera, y en efecto, habia descendido el termómetro cerca de un grado.

La luna seguia su marcha; habian pasado las cuatro montañas, pero se presentaba siempre á la vista del observador una sombra dentellada, muy curiosa. A las tres y siete minutos llegaba el fenómeno á su mayor fase; la disminucion de la luz era sensible, y la columna termométrica habia descendido unos cinco grados.

Disminuyó gradualmente desde entonces la intensidad del eclipse, y á las cuatro y siete minutos quedó el sol al descubierto completamente. Por una feliz casualidad, ofreció el sol, durante el eclipse, el conjunto mas bello de puntos y fáculas que se han visto jamás; y aparecieron las montañas y asperezas de la luna de una manera tan notable, como acaso tampoco se hayan visto nunca.

En las calles y en los balcones de las casas de Madrid, distinguíanse infinidad de curiosos, observando las fases del fenómeno.

En tiempo oportuno, comunicaremos á nuestros lectores las observaciones hechas por los sábios en el N. de Europa, donde como en el de América, ha sido total el eclipse.

MARIA.

María nació en Teruel, y era hija de un jornalero, hombre honrado y laborioso, que cuidaba especialmente de la educacion de su familia.

La jóven servia de criada en una casa inmediata, donde tenia algunas gratificaciones.

Supo que su madre, de cincuenta años de edad, habia enfermado,

y no podía andar sino con el auxilio de una muleta. Entonces renunció la posición ventajosa que ocupaba, y volvió al lado de su madre, para no abandonarla jamás. «*Quiero estar al lado de V., dijo; servir por servir, ¿no vale más servir á mi madre que á personas extrañas?*»

Pronto enfermó cruelmente el padre y quedó poco menos que ciego. María cuidó de él como había cuidado de la madre; sacrificó sus economías y vendió un campo pequeño, que con la casita que habitaban, era su única propiedad. Las personas caritativas socorrieron á esta excelente jóven, cuyo amor filial admiraba á todo el mundo.

El padre murió al cabo de diez años, y María le lloraba amargamente. Un vecino le dijo con este motivo: «Esto ha sido un bien para él y para ti. ¡Sufria tanto! Y tú tendrás del mal el menos.»

Esos que así me hablan, contestó María, creen consolarme, y me causan un gran dolor; ¡no saben cuánto amaba yo á mi pobre padre!.... En fin, Dios le ha dado su recompensa, y á mí no me olvidará.

María quedó sola con su madre; hilaba, hacia otros trabajos y consumía la mayor parte del tiempo al cuidado de la pobre enferma.

La madre, que hasta entonces podía arrastrarse con el auxilio de la muleta, quedó completamente ciega, y sin que la parálisis le permitiese movimiento alguno: era menester levantarla, sentarla y acostarla. Durante veinte años María no pasó una sola noche sin levantarse de la cama. Parece cosa increíble los cuidados que prestaba á su madre.

Esta muger era muy piadosa; de suerte que pasaba el día enteró con el rosario en la mano. La víspera de la Asunción dijo á su hija. «Mañana es la virgen de Agosto; quisiera ir á la iglesia.»

En mejor posición y con mejores medios de transporte, otros hijos, aun de los mas afectos á sus padres, hubieran objetado la dificultad de llevar á la iglesia á una persona tan enferma. Pero María respondió con prontitud: «*¿Quiere V. ir á la iglesia? Bien, madre mia, iremos; si, yo acompañaré á V.; puede V. estar tranquila.*» Y tomando su mano, se la besó, porque siempre la hablaba con dulces caricias y las mas tiernas atenciones.

Al día siguiente, colocó á su madre en una silla y la llevó así hasta la iglesia, á fuerza de tiempo y de trabajo. La jóven tardó en llegar al templo tres cuartos de hora, cuando no distaba de su casa cinco minutos.

A la vuelta, que tuvo lugar de la misma manera, María, llena de alegría, dijo: «*¿Ha rogado V. á Dios, madre mia? ¿Está V. contenta? No se ha cansado V., ¿no es verdad?*»

Este penoso paseo se repitió despues, siempre que la buena muger lo deseaba.

María guardaba para sí el pan moreno que recogía y compraba pan blanco para su madre, así como leche y otros alimentos. La jóven no comía mas que patatas.

Un día la dieron una torta, y al cabo de cierto tiempo aun tenia parte de ella en casa.

Preguntándole la persona que se la dió cómo no habia concluido la torta, contestó:

«La conservo para mi madre: le doy un trocilo á cada comida, porque le gusta mucho.

—¿Y tú no la has gustado?

—Seria una maldad quitar la racion á mi pobre madre, á quien le gusta mucho..... No ve ni oye, porque está tambien completamente sorda y sufre mucho..... Justo es que haga yo en su obsequio cuanto pueda.

En medio de su enfermedad, la pobre muger está tan aseada, se le asiste tan bien, y se la cuida con tal solicitud, que causa admiracion.

Algunas veces se impacienta y se pone de mal humor, de modo que es difícil complacerla; pero la dulzura y la amabilidad de María no se desmienten nunca. A los que la visitan, les dice:

«¡Ah, si la hubieran conocido VV. en otro tiempo! ¡era tan buena muger!; ha trabajado tanto para educar á su familia en tiempos tan difíciles! ¡era tan bondadosa y tan buena!; Si ahora está de mal humor, despues de tantos años de enfermedad, no es culpa suya, sino del sufrimiento! ¡Ah! ¡Dios la recompensará!»

Tambien será grande ante Dios la recompensa de esta buena y excelente hija, tan digna de citarse como modelo.



UNION FRATERNAL.



Una de las mayores pruebas de respeto que podemos dar á nuestros padres es amar tiernamente á nuestros hermanos y hermanas, y vivir siempre en perfecta inteligencia con ellos.

No hay cosa mas agradable á los padres que el espectáculo de la union entre sus hijos. El mayor no debe abusar nunca de sus ventajas; por el contrario, debe ser afable y complaciente con el menor. Este, por su parte, no ha de abusar de las atenciones que se le dispensan, y debe abstenerse cuidadosamente de lo que pudiera irritar á sus hermanos.

Entre hermanos no deben conocerse los golpes ni las injurias. ¿Cómo hemos de vivir en armonía con los extraños si no sabemos conservar la union con los miembros de nuestra propia familia?

Tambien es un deber nuestro darnos mutuamente ejemplo y obrar de manera que agrademos constantemente á nuestros padres.

Bajo este aspecto, los de mas edad tienen un deber importante que cumplir: como son mas razonables que los otros, como su ejemplo puede tener mas influencia, están mas exstrictamente obligados á ser siempre modelo de obediencia y buena conducta.

El hermano mayor debe aconsejar á los hermanos menores, advertirles y reprenderles amistosamente cuando cometen alguna falta, como si debiesen auxiliar y aun reemplazar á los padres en la educacion; lo que es un grande honor al mismo tiempo que una obligacion sagrada.

Los niños deben á sus hermanas toda clase de atenciones y deferencias. Como son mas débiles y delicadas tienen mayores derechos á que se les trate con atencion. Es menester consolarlas en sus penas, ayudarles en sus trabajos. Es menester sobre todo no hablarles con sequedad ni dureza, y no decir en su presencia nada que pueda serles desagradable. Es preciso respetar su modestia y su sensibilidad.

Los hermanos y hermanas deben adelantarse unos á otros en las muestras de interés y afecto. Los hermanos deben, si es posible, sobrepasar á las hermanas en este combate de amistad. Cuanto mas consideraciones tengan con ellas, se estimará mas su urbanidad y buenos sentimientos, y la dulce union de la familia regocijará el corazon del padre y la madre.

B.

MÁXIMAS DE EDUCACION.



«El más importante y principal negocio público, es la buena educacion de la juventud.»

(Platon.)

«El mejor entendimiento se embrutece sino se cultiva.»

(Horacio.)

«El hombre necesita freno, especialmente en la primavera de su edad.»

(Séneca.)

«Preguntando á Aristipo, ¿qué era lo que se debía enseñar á los niños? Lo que deben hacer, respondió, cuando sean hombres.»

(Persio.)

«No hay animal cuyo carácter sea mas difícil de manejar, ni que pida mas destreza en el que le gobierna, que el hombre.»

(Séneca.)

«No hemos nacido para nosotros, sino para la república.»

(Ciceron.)

«No hoy carácter tan duro que no pueda suavizarse con una buena educacion, y que á poca docilidad que tenga, no pueda hacerse útil á la sociedad.»

(Horacio.)

«Los niños son lo que se quiere que sean.»

(Terencio.)

«Es largo y penoso el camino que conduce á la virtud por el precepto, breve y seguro por el ejemplo. Mas hombres grandes formó Sócrates con sus costumbres, que con sus lecciones.»

(Séneca.)

«El que solo por miedo desempeña su obligacion, solo la cumple cuando sabe, ó advierte que se ha de descubrir y conocer la falta; pero si percibe y espera que ha de quedar oculta, desde luego vuelve, y se deja llevar de su mala inclinacion.»

(Terencio.)

ECLIPSE DE SOL.

Uno de nuestros inocentes y apreciables suscritores nos remite las observaciones que ha hecho con motivo del eclipse de sol del día 28 de julio de 1851. Este trabajo, como los demas de redaccion que se nos remitan, lo insertaremos en otro número, ó cuando menos, lo analizaremos, haciendo las reflexiones que parezcan oportunas.

Segun veamos mas ó menos disposicion en nuestros inocentes lectores, señalaremos ó no en lo sucesivo algunos temas para que se ensayen en expresar con claridad y precision sus ideas.

EXAMENES DE EJECA DE LOS CABALLEROS.

En la escuela superior han sido premiados los niños siguientes : don Félix Murillo, D. Luis Miguel, D. Amado Abriat y D. Cárlos Dehesa, todos cuatro suscritores á *La Aurora*.

Del mismo modo , en la escuela de niñas han sido premiadas doña Tomasa Fernandez y doña Amalia Cosculluela, ambas suscriptoras á dicho periódico.



EJERCICIOS.

EXPLICACION DE LOS SEÑALADOS EN EL NÚMERO DE JULIO.

PROBLEMA DE ARITMÉTICA.

SOLUCION.

Siendo la poblacion de Asia $\frac{1}{2}$, de la de Europa, la poblacion de Europa será $\frac{2}{1}$, de la de Asia, es decir:

$$390.257,000 \times \frac{2}{1} = 210.138,384.$$

La de Africa $\frac{3}{11}$, de la de Europa; de consiguiente:

$$210.238,384 \times \frac{3}{11} = 57.310,468.$$

La de América $\frac{13}{17}$, de la de Europa; de consiguiente:

$$210.138,384 \times \frac{13}{17} = 354.779,909.$$

NIÑOS QUE HAN EJECUTADO LOS EJERCICIOS.

Por un olvido involuntario dejaron de insertarse en el número último los nombres de los niños siguientes entre los de los que resolvieron el problema de aritmética.

D. Antonio Cava y Gonzalez, D. Cándido Galan, D. Juan Burgos Solano, D. Juan Panoy Pavon, D. Eusebio Pavon y Cáceres, D. Francisco Mercedes Pacheco y Pavon y D. Juan Tomás Huertas, naturales todos de Alcuéscar.

ANÁLISIS.

D. Liborio García, de Ventas de Retamosa; D. Tomás Bueno, de Mota del Marqués, D. Feliciano Moranges y Vilar, de Selva del Mar, D. Francisco Sebastian y D. Marcelino Viced y Mañano, del arrabal de Teruel, don Pedro Martinez y D. Juan Fernandez, de Castellforte; D. Jaime Santaló y Castelló, D. Tomás Bosch y Garriga, D. Rafael Vicens y Arnal, D. Mariano Gibert y Ferrezfábrega y D. Ignacio Capman y Verdaguer, de Parelada; D. Manuel Codina, D. Claudio Fábregas, D. Gerónimo Darder y Lli-marza, de Barcelona.

ARITMÉTICA.

D. Diego Martinez Vargas, D. Juan Martinez Muñoz, D. Francisco Navarro, D. Francisco Gutierrez, de Casabermeja, D. Juan Francisco Rodriguez Cao, de Betanzos.

ANÁLISIS Y ARITMÉTICA.

D. Enrique Medrano, D. Braulio Lobo, D. Eduardo, de la Mota del Marqués, D. Joaquin Pujol y Pujals, de Montroig; D. Francisco

Boxeras, D. Isidro Gibert, de Barcelona, D. Narciso Dalman y Maseras y D. Agustín Sardá, de Montroig.

EXERCICIOS PARA EL MES DE AGOSTO.

Análisis gramatical y lógico.

Vagaba por los montes
Un arroyuelo humilde,
Jamás acostumbrado
A salir de su linde.

(Meléndez.)

ARITMÉTICA.

Problema.

Un mozo de labranza gana de salario 600 rs. anuales, además de la manutencion, que ascenderá próximamente á unos 800 reales. Supongamos que tiene obligacion de trabajar con una yunta de bueyes 260 dias al año, á 8 horas por día, y que no ha trabajado sino 7 horas, 20 minutos, por término medio, pasando el resto del tiempo en beber y fumar. ¿En cuánto se ha perjudicado su amo al fin del año por la pérdida del tiempo, del mozo y de la yunta, apreciando el trabajo de esta en 42 rs. diarios?

ERRATAS.

Número 5.º, página 458.

Línea	Dice	Léase
8	$\frac{1}{3}$	$\frac{1}{2}$
42	$\frac{5}{15} : \frac{4}{15}$	$\frac{5}{10} : \frac{4}{10}$
46	$\frac{5}{5} : 6$	$\frac{5}{5} : 4$
48	con el 6	con el 4
48	5 y 6	5 y 4
21	el 6	el 4
24	$\frac{5}{5} : 6$	$\frac{5}{5} : 4$

Todas estas erratas proceden de haber puesto en la imprenta $\frac{1}{3}$ por $\frac{1}{2}$, y haber corregido en las pruebas las operaciones inmediatas; pero el problema está resuelto conforme al enunciado.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

El tesoro, ó el fruto del trabajo y la economía.—La barrera del Trono.—El niño desobediente.—El bofetón, anécdota alemana.—Eclipse del 28 de julio de 1854.—María.—Máximas de educacion.—Exámenes de Ejea de los Caballeros.—Ejercicios.

Madrid: 1854.—Imp. de A. Vicente. Lavapies, 10.